

FELIPE II E ISABEL DE INGLATERRA

(Una paz imposible)

Manuel FERNANDEZ ALVAREZ
Prof. Dr. Emérito de la Universidad
de Salamanca y de la Real Academia
de la Historia

Al tratar de las relaciones entre España e Inglaterra, en tiempos de Isabel y Felipe II, el hombre culto evoca, al punto, un hecho histórico: La Armada Invencible. Después, al preguntarse cómo pudo llegarse a tal ruptura, otro recuerdo suele venirle: que hubo un tiempo en que Felipe II fue rey de los ingleses; rey consorte, es cierto, como esposo de María Tudor, pero que, en todo caso, y juntamente con ella, había reinado en Inglaterra durante cuatro años, durante los cuales sus relaciones con Isabel, su cuñada, no habían sido malas. Al contrario, Felipe II la había protegido contra el partido católico inglés, en su línea radical, que abogaba por su ejecución, por lo cual había sido severamente censurado.

Todo ello había ocurrido hacia 1555. Había hecho falta, pues, un tercio de siglo, para que se produjera un cambio político tan brusco, que había llevado de una amistad que parecía fraterna —o, al menos así se titulaba— al estallido de la guerra. Se trata, por tanto, de un tema netamente de historia diplomática, cuyo interés no es preciso subrayar; bastaría con fijarnos en cuanto valoramos los esfuerzos de los estadistas actuales por mantener la paz y en las penosas consecuencias que tienen las guerras, para comprender que el mismo valor ha de encontrarse en el pasado. Por otra parte no cabe duda que la Armada Invencible fue uno de los sucesos más destacados del siglo XVI. Su desenlace trajo consigo para España aquella generación derrotista de 1588, que tanto influyó en la obra de Cervantes por supuesto que en Inglaterra aquella de signo contrario que encumbraría al genio de Shakespeare.

Es un tema que siempre nos permite plantearnos la magna cuestión de hasta qué punto una guerra puede ser evitada y qué es lo que puede ocurrir para que unos pueblos, o sus gobernantes, se ofusquen hasta tal punto que prefieran la violencia en vez de la paz, la guerra en lugar del comercio. En Inglaterra, en cuanto a aquel suceso, puede afirmarse que es algo de perenne actualidad, como lo demuestra el admirable libro que le dedicó Garret Mat-

Manuel Fernández Álvarez, es Catedrático de la Universidad de Salamanca y Académico de la Real de la Historia. Autor de numerosos libros tanto en ediciones españolas como inglesas, entre los que destacan: "Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra", "Política mundial de Carlos V y Felipe II", "La España del Emperador Carlos V", "Carlos V: un hombre para Europa", "Charles V. Elected emperor and hereditary rule", etc.

tingly a raíz de la Segunda Guerra Mundial (1), o el que hace siete años escribió David Howarth (2). En España despertó el interés a su vez de un ilustre académico, D. Gabriel de Maura y Gamazo (3). Para mí, constituyó el objetivo de lo que fue mi Tesis Doctoral, defendida hace la friolera de cuarenta años (4).

Para entender la postura de la Monarquía Católica que regía Felipe II habría que tener en cuenta los principios que marcaban su política exterior, que venían marcados ya por sus antecesores en el trono. Esos principios, en los que se basaba la grandeza de la Monarquía, eran uno político, otro ideológico y un tercero económico. El político, el mantenimiento de los territorios heredados; el ideológico, la defensa del Catolicismo, y el económico, el monopolio de la navegación con las Indias Occidentales. Evidentemente, la defensa de esos tres principios traía consigo una serie constante de conflictos en una época en que la Reforma había triunfado en media Europa y cuando la tendencia general hacia una economía mundial hacía que las potencias marítimas llevasen cada vez peor, y como un notorio abuso del poder, la veda del comercio por las nuevas rutas descubiertas. No pocas de las guerras de Carlos V arrancaron de tales situaciones conflictivas. Ahora bien, Carlos V era un rey soldado, mientras que Felipe II odiaba la guerra, proponiéndose desde un principio establecer una era de paz para sus pueblos. Así se le vería zanjar la guerra heredada frente a Francia con la paz de Cateau Cambresis de 1559. De forma que su drama particular estribaría en que muy pronto se vería arrastrado, él también, a guerras interminables.

Yo no creo que Felipe II careciera de un plan-concreto de gobierno; tal como indica el profesor Koenigsberger (5). Cuando el Rey llega al trono de aquella monarquía autoritaria —que era el signo político del siglo—, ya hacía tiempo que había sido incorporado al poder, gobernando España como lugarteniente de su padre. En 1559, el año de la paz de Cateau Cambresis, su experiencia política era ya grande, habiendo dado muestras de eficacia en el puesto que le había asignado su padre. Pero es cierto que a la muerte de Carlos V iba a introducir cambios en la manera de llevar las relaciones internacionales no siempre convenientes; el peor de ellos, su aislamiento, al encerrarse en la meseta, entre Madrid y El Escorial, apartando de su vida aquellos largos y continuos viajes que habían sido una de las características más notables del Emperador. Con lo cual, los encuentros en la cumbre que había cuidado Carlos V, iban a desaparecer, y con ello una de las posibilidades más claras de que la diplomacia sustituyera a la guerra.

(1) Garret Mattingly: *The defeat of the spanish Armada*, Oxford, 1959.

(2) David Howarth: *The voyage of the Armada*, Londres 1981; trad. esp. *La Armada Invencible*, Barcelona 1982.

(3) Gabriel de Maura y Gamazo: *El designio de Felipe II, y el episodio de la Armada*, Madrid 1957.

(4) Manuel Fernández Alvarez: *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra*, Madrid 1951.

(5) H. G. Koenigsberger: "El arte de gobierno de Felipe II" (en *Rev. de Occidente*, n.º mon.º sobre *Nueva visión de la Historia de España* n.º 107, febr. 1972, pp. 127-159).

Es un hecho que ya vio con claridad Mattingly en su estudio sobre la diplomacia del Quinientos (6). Y tampoco el despliegue familiar por las Cortes europeas —aquella arma diplomática de la dinastía al servicio del Estado, que de manera tan soberbia habían sabido utilizar los Reyes Católicos y Carlos V— fue tan espectacular como en tiempos de su padre, el Emperador. Felipe II no utilizó la baza de su hermana Juana, viuda desde 1554, ni la de su hijo don Carlos (en este caso, por supuesto, impedido por las condiciones personales del Príncipe), ni la de su hermanastro don Juan de Austria. Sólo a finales de su reinado puso en marcha dos bodas de tono menor: las de sus hijas Catalina-Micaela e Isabel Clara Eugenia, la primera con el duque de Saboya y la segunda con su sobrino el archiduque Alberto de Austria. Pero no pudo utilizar la carta mayor de su primogénito don Carlos (en lo cual, ciertamente, no fue culpable), ni se atrevió a poner en marcha la más audaz operación matrimonial que tuvo al alcance de su mano: la de su hermanastro, don Juan de Austria, con María Estuardo.

A todo ello hay que añadir lo que señala Bataillon: que Europa estaba entrando, desde mediados de siglo, en una larga etapa de antagonismos religiosos, que hacía difíciles los entendimientos diplomáticos. La época de Erasmo estaba dando paso a la de Calvino y San Ignacio, lo cual iba a enraecer el ambiente de las relaciones diplomáticas, especialmente entre Inglaterra y España, cuyos soberanos se iban a convertir en los máximos protectores de los dos bandos religiosos en conflicto: protestantes y católicos, los partidarios de la Reforma y los incondicionales de Roma. Los calvinistas holandeses buscarían el apoyo de Isabel, de igual forma que los católicos, irlandeses o ingleses, lo harían con Felipe II. Estaba en marcha aquel protonacionalismo al que alude Kamen, en su interesante ensayo sobre la visión que de España tenía la Inglaterra isabelina (7). Protonacionalismo fortalecido por la nota peculiar de cada directriz religiosa, que curiosamente tendría un respaldo internacional, de modo que los reformadores de toda Europa tendían a considerar a Isabel su protectora natural, de igual modo que los católicos lo hacían con Felipe II. De ese modo, arrastrados por corrientes no sólo nacionales sino también internacionales, poco podrían hacer ambos soberanos para resguardar la paz.

En este marco es más fácilmente comprensible la involución producida, que llevó a los dos pueblos a dejar su antigua alianza para entrar por el derrotero de la guerra. Las propias embajadas, tanto la inglesa de Madrid como la española de Londres, se convirtieron en focos perturbadores de la paz, con lo que los diplomáticos de ambos países perdieron credibilidad ante los gobiernos respectivos, de ahí que la expulsión de los embajadores sea una nota tan frecuente, a lo largo de este periodo.

(6) Garrett Mattingly: *La diplomacia del Renacimiento*, Madrid 1970.

(7) H. Kamen: "La visión de España en la Inglaterra isabelina" (en *La imagen internacional de la España de Felipe II*, Valladolid 1980, pp. 37 y ss.).



Don Juan de Austria, litografía de J. Donon (Museo Naval, Madrid).

Con lo cual entramos ya de lleno en el gran tema: cómo se pudo fraguar la guerra. He ahí un tema siempre de actualidad, y hoy más que nunca cuando estamos abocados a una guerra de alcances escalofriantes. Hoy como ayer, ¿quién desea la guerra? Por supuesto que en todo tiempo y lugar siempre habrá gente belicosa, los que hoy día se llaman del partido de los halcones. Pero el caso es que sabemos que en un principio tanto Isabel como Felipe II eran partidarios de la paz y que ambos se mostraban amigos. No olvidemos que Felipe II había sido el mayor protector de Isabel, cuando aún era princesa y él podía ejercer una poderosa influencia, como rey consorte de Inglaterra. Los cronistas españoles nos refieren que la había salvado más de una vez la vida, frente a varios consejeros de María Tudor que propugnaban su muerte, en especial a partir de la conjura de Thomas Wyatt. Actitud que le sería reprochada a Felipe II por no pocos de sus súbditos. La mayoría de sus embajadores en Londres, desde el duque de Feria hasta don Bernardino de Mendoza, hubieran preferido una política más agresiva del Rey. A este respecto, el juicio más duro lo encontramos en el cronista Cabrera de Córdoba:

“El Consejo (de María Tudor) condenó a muerte a Isabel —leemos en su Crónica—, mas el Rey no quiso se ejecutase, aunque disgustó a la Reina, diciendo que era muchacha y engañada... Los franceses, burlados decían que la guardaba don Felipe por razón política en contra dellos, porque en María Estuardo no se juntasen tantos reinos para el peligro de los Estados de Flandes. Y era así, y Dios la guardó para que los alterase, dividiese, le inquietase, disgustase y diera cuidadosa vejez, por haber antepuesto la comodidad del señorío, guardando la que fue enemiga de la Iglesia Católica, de cuyo nacimiento y crianza y mala vida habría perversos efectos...”

Y aún añadía Cabrera de Córdoba estas crueles reflexiones:

“Son castigados los consejos cuando se prefieren a los celestiales. También afearon esta blandura en prudencia humana muchos, diciendo: “No muerden los muertos, y guardar en prisión príncipe de sangre real era difícil.” (8)

Por lo tanto, aquí no nos encontramos con el rígido monarca fanático sino, curiosamente, con el hombre de Estado. ¿Cómo se explica esa contradicción, si damos por sentada la firmeza de sus principios religiosos? A mi ver, porque Felipe II tenía muy clara la consigna de su padre Carlos V de que para que las cosas de los Países Bajos rodaran bien era preciso que fueran ópti-

(8) Luis Cabrera de Córdoba: *Felipe II, rey de España*, Madrid, 1877, I, 51.

mas las relaciones con Inglaterra. Ahora bien, la alternativa al encumbramiento de Isabel era el ascenso de María Estuardo, que en 1558 era ya reina de Escocia y esposa del Delfín de Francia. Por lo tanto, si un bloque tan fuerte se hacía también con Inglaterra, los Países Bajos quedarían aislados por mar y tierra y a su entera merced. De ahí que Felipe II tratara por todos los medios de mantener la alianza de Isabel; en contrapartida, confiaba en que Isabel le quedase agradecida y que, al estar en tan peligrosa situación, se mantuviera siempre bajo su protección.

Aun así, Felipe II trató de afianzar tal alianza con lazos matrimoniales, como había hecho años atrás Carlos V, al promover su boda con María Tudor. Y ello fue un proyecto que se intentó cuando María Tudor todavía vivía. Era de suponer que fuera entonces cuando el rey español intentara forzar un matrimonio favorable a España.

Se trata de uno de los aspectos más destacados de mi investigación en la que fue mi Tesis Doctoral hace cuarenta años. Recuerdo mi hipótesis de trabajo: Felipe II no podía haber dejado pasar tal oportunidad, pero había que encontrar las pruebas documentales. Sin embargo, mis investigaciones en el Archivo de Simancas no daban resultado. Los despachos del duque de Feria —entonces todavía conde—, que representaba a Felipe II en Londres, durante su ausencia, no daban resultado alguno; sólo apremios del Duque en ese sentido, pero sin una orden terminante del Rey de proceder por esa vía.

Recuerdo también que yo me había puesto entonces como tope de esa investigación la fecha de la muerte de María Tudor, el 17 de Noviembre de 1558. Todo en vano. Ahora bien, ¿sería posible que Felipe II, en parte por su característica lentitud y en parte porque se hallaba en Bruselas, actuase con posterioridad a la muerte de su mujer, sin conocerla? Para averiguarlo había que ampliar la fecha tope. Y así fue cómo encontré un documento regio, fechado a 25 de Noviembre de 1558; por lo tanto, siete días después de la muerte de María Tudor. Se trataba de una carta en cifra de Felipe II al conde de Feria en la que se podía comprobar, desde el principio, que aun se consideraba rey de Inglaterra. Eso pudo ocurrir por el bloqueo de los puertos ingleses realizado por orden de la nueva Reina. Y de esa forma ocurrió que Felipe II, una semana después de la muerte de su mujer, aun seguía creyéndose rey de Inglaterra y trataba de actuar como tal, pero evidentemente sin la más mínima eficacia (9).

En definitiva, ¿cuáles eran las instrucciones de Felipe II? ¿Qué decía su carta en cifra al conde de Feria? El archivo de Simancas no guarda la copia descifrada, quizá porque el Conde la destruyó en su día. De forma que hubo que descifrarla, para comprobar que al fin Felipe II se decidió a seguir los consejos de su embajador, para presionar sobre Isabel, con vistas a su posi-

(9) Estamos, en definitiva, ante el problema de la información, problema básico para un hombre de Estado, que Felipe II procuró resolver, pero que en aquel momento decisivo le falló por completo.

ble matrimonio con un firme aliado de la Monarquía Católica: el duque Manuel Filiberto de Saboya, el brillante soldado que había vencido en San Quintín a los franceses. Instrucciones precisas, para montar el nuevo plan diplomático, de acuerdo con la reina María Tudor, pero que estaban faltas de un detalle esencial en la diplomacia: el llegar a tiempo (10).

De todas formas, en esta fase de cómo se pasó de la alianza a la guerra aún estamos en la etapa de la amistad; todavía faltan años para que se entre en la guerra fría. Se trata de una alianza que se prolonga, aproximadamente, durante la primera década del gobierno de Isabel. Después de 1568, cuando el duque de Alba está en Flandes y los buques de Hawkins sufren el revés de San Juan de Ulúa, en aguas mexicanas, provocando como represalia inglesa el apoderamiento del dinero que Felipe II mandaba por mar a Flandes, para pagar los tercios viejos, puedo hablarse ya de guerra fría. Dos etapas, pues, claramente diferenciadas. En la primera, de plena amistad, Felipe II llega a proponer a Isabel su matrimonio. Puesto que él ha enviudado, ¿por qué no cambiar el candidato? En vez del Duque, el Rey. En lugar de Manuel Filiberto de Saboya, el propio Felipe II, quien con sus 32 años se creía en condiciones de poder optar a la mano de Isabel.

Era una operación segura. ¿Cómo iba a rechazarla Isabel, tan inexperta y tan rodeada de enemigos? ¿Cómo iba a exponerse a caer en desgracia del monarca más poderoso de la Cristiandad? Tan seguro estaba Felipe II que no dudaría en poner condiciones. Por ejemplo, religiosas: que Isabel fuese más prudente en aquella materia. Pero también políticas: que sus hijos, caso que los tuviesen, no habrían de heredar los Países Bajos, porque ello redundaría en perjuicio del príncipe don Carlos. Lo cual era una notoria rectificación a la alianza matrimonial promovida por Carlos V en 1554 (11).

Bien. No es preciso entrar en detalles. Felipe II se iba a encontrar con una de las Reinas más inteligentes que ha conocido la Historia: Una auténtica mujer de Estado, bien secundada por un político verdaderamente notable: Cecil. Por el momento daría largas al asunto, procurando ganar tiempo. El problema estribaba en poder rechazar la boda, sin provocar la ruptura con Felipe II. E Isabel, con rara habilidad, lo consiguió. Sabía que tenía el apoyo popular, y eso le daba firmeza. Como escribía el embajador Feria:

“La nueva Reina y los deste Reino se tienen por *suelos* de V. M. y oirán cualesquiera embajadores que les venga a tratar de casamiento...” (12)

Sin embargo, Isabel todavía seguía llamando en sus cartas a Felipe II “*amantissimum fratrem et perpetuum confederatum*”, y diciéndole que era

(10) Archivo de Simancas, Estado, Inglaterra, leg. 811, fol. 96; cf. mi obra: *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra*, op. cit pp. 29 y ss.

(11) Para Carlos V y las negociaciones con Inglaterra en 1553, V. mi estudio: *La España del Emperador Carlos V*, Madrid 1979, pp. 878 y ss.

(12) A.G.S., E. Inglaterra, leg. 811, fol. 92.

su "devotissimam sororem et tanto amicitiae vincula obstricta". Firmando:

"Vestrae Maiestatis soror et perpetua confederata, Elizabeth R." (13)

Durante diez años, la diplomacia filipina luchó por mantener esa alianza inglesa. Sin embargo, hubo sus dudas, pues el partido belicoso de la Corte apostaba por un acto de fuerza, recelando de las intenciones de Isabel. Incluso se planteó la posibilidad de una temprana invasión de Inglaterra, en este caso alentada por el propio Enrique II de Francia, como sabemos por el testimonio del duque de Alba. Fue una negociación paralela, llevada a cabo en 1559, mientras se tanteaba la paz de Cateau Cambresis (14). Si se aprobaba, se podía aprovechar la armada que se estaba preparando en Flandes para pasar a Felipe II a España, armada que organizaba uno de los mejores marinos con los que contaba por entonces Felipe II: Pedro Menéndez de Avilés. La ocasión, pues, parecía ni pintiparada, por contar, incluso, con el factor sorpresa.

Es esta una cuestión que no ha sido, a lo que yo sé, suficientemente difundida: una posible Armada invasora, saliendo directamente de los puertos de los Países Bajos en 1559, cuando todavía aquellas tierras se mantenían en la fidelidad a Felipe II. Una gran Armada mandada por un marino competente —acaso el más destacado del reinado de Felipe—, cuando todavía Isabel no parecía suficientemente afianzada en el poder, y cuando aún no contaba ni con una marina fuerte ni con expertos marinos (recuérdese que por entonces Drake andaba por los 19 años). Ese plan de invasión existió, pero Felipe II lo desechó. El no era un rey conquistador. Por otra parte estaba el argumento de que aunque la empresa fuera factible (indudablemente más que en 1588), quedaba el aspecto fundamental: ¿Qué podían hacer los invasores, aunque lograsen una primera victoria? Pues a la larga, estaba claro que el problema no se reducía tan sólo a invadir, sino a mantenerse en el territorio invadido; como diría después Unamuno, con frecuencia no basta con vencer, sino que es preciso convencer. La invasión, en el mejor de los casos, convertiría al español en el odioso ocupante, echando por los suelos años y años de esfuerzos diplomáticos, desde los tiempos de los Reyes Católicos, para afianzar una alianza anglo-española. Y, curiosamente, el duque de Alba sería el primero en desaconsejar aquella empresa.

En esa línea estaría también el mismo Rey, desoyendo a los que (como el conde de Feria) le aconsejaban la acción violenta. Y así lo anota al margen

(13) *Ibidem*, fol. 93. Todos los documentos oficiales cruzados entre ambos soberanos por esas fechas van en latín y con esos tratamientos tan amistosos; a su vez, Felipe II firmaba como *bonus frater et perpetuus confederatus* (*ibidem*, fol. 100).

(14) Duque de Alba a Felipe II, 24 Febrero 1570; publ. por Tomás González: "Apuntamientos para la historia de Felipe II por lo tocante a sus relaciones con la reina Isabel de Inglaterra" (en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, VII, 421 y ss.

en una carta de su hermana doña Juana, que entonces gobernaba Castilla en su ausencia, y que le instaba a volver a España. Y el Rey anotaba:

“... no quiero aprovecharme destas cosas, sino de hazer lo que sé que más me conviene, que es irme, sin andar aprovechándome de parecer de nadie...” (15)

Es más: cuando Isabel rompe a poco con los franceses y escoceses que apoyaban a María Estuardo y pide ayuda a Felipe II, como su aliado, el Rey le envía una embajada extraordinaria con Glajon. Y el embajador filipino estaba bien advertido: debía presionar a Isabel para que no interviniera en Escocia; pero si la Reina aún persistía en ello, las instrucciones a Glajon añadían:

“... por lo mucho que importa y nos va en ello que ella —Isabel— no se pierda a sí y a su Reino, y dello se suceda el daño que se seguirá a nuestros Estados, es nuestra voluntad que en este caso vos, por el buen modo y términos que os pareciere, trateis con la dicha Reina, ya que le hubiésemos de dar ayuda, qué forma se habrá de tener en el dársela, y qué seguridad se nos podrá dar de su parte, para que metamos la gente de nuestro socorro en Inglaterra...” (16)

La sinceridad de Felipe II de ayudar a Isabel, cumpliendo su alianza, sería tal que incluso llega entonces a darle este notable consejo: que para resistir bien a la amenaza francesa debería hacerse fuerte por la mar; tal sería la misión encomendada a Juan Pacheco, enviado personal de Felipe II, quien llegaba a Londres el 18 de Julio de 1560, doce días después de la firma del Tratado de Edimburgo, tan favorable para Isabel. De forma que otra vez la diplomacia filipina llegaba demasiado tarde, para cumplir sus objetivos (17).

¡Que Isabel se hiciera fuerte por la mar! Aunque por aquellas fechas el embajador Alvaro de la Quadra, el representante de la Monarquía Católica en Londres, instaba a una acción de fuerza contra el gobierno de Isabel, Felipe II se mostraba de tan contrario parecer que incluso aconsejaba a su aliada para que reforzase su marina; consejo que, como es notorio, Isabel iba a seguir mucho más allá de lo que Felipe hubiera podido suponer.

A partir de 1568, con la salida de Londres del único diplomático español que supo captarse la confianza de Isabel —el mirobrigense Diego Guzmán de Silva— las relaciones entre España e Inglaterra entraron en un notorio deterioro. Varios acontecimientos contribuyeron a ello: en primer lugar, la rebelión de los Países Bajos contra Felipe II, con sus implicaciones religio-

(15) V. mi est. cit.: *Tres embajadores...* p. 254.

(16) *Ibidem*, pp. 245 y ss.

(17) Instrucciones de Felipe II a don Juan Pacheco para su misión en la corte de la reina Isabel de Inglaterra, Archivo de Simancas, E., Inglaterra, leg. 811, fol. 40.

sas, en las que se creía ver, por España, la mano de los ministros de Isabel; en segundo lugar, la presencia en Inglaterra de María Estuardo, que catalizaría muy pronto las esperanzas de los católicos ingleses, con rebeliones en las que, a su vez, el gobierno inglés sospechaba que eran favorecidas por la ayuda española. Y a los sentimientos religiosos se unirían muy pronto los intereses económicos, cuando fue desbaratada, y casi destruida, la tercera expedición —medio pirática, medio comercial— organizada por John Hawkins a las Indias Occidentales en 1568; y no se puede olvidar que a ella había cooperado la misma Reina, pues de los seis navíos con que había partido Hawkins, dos eran regios.

Desastre de San Juan de Ulúa del que Inglaterra se resarcó muy pronto, incautándose del tesoro que a poco trató de enviar la Corte española al duque de Alba, para el pago de los tercios viejos; se trataba de medio millón de escudos mandados en una flotilla que se había visto obligada, por la tormenta, a refugiarse en los puertos ingleses; “ayudada”, eso sí, si se había de creer a los despachos de la embajada española, por los barcos de William Hawkins, el hermano del derrotado en las aguas mexicanas de San Juan de Ulúa.

La excomunión de la reina Isabel, pronunciada por Roma en 1570, agravó la situación, radicalizando las dos posturas. Algo antes se había producido la conjura contra la Reina del duque de Norfolk, con el alzamiento de los nobles católicos y, a poco, el complot de Ridolfi, en el que se había planeado la muerte de la propia Isabel.

No es posible, ciertamente, entrar en detalles, por otra parte de sobra conocidos; baste con decir que los servicios secretos de Isabel se mostraron muy eficaces, y que a la gran Reina le fue relativamente fácil sojuzgar los alzamientos de sus vasallos católicos mientras que Felipe II, con todo su poderío, y pese a mandar para cumplirlo a las grandes estrellas de su milicia (el duque de Alba, don Juan de Austria, Alejandro Farnesio), jamás pudo pacificar los Países Bajos.

Los Países Bajos. Es ahora cuando se comprende el gran error de la Monarquía Católica —y en especial, de los Austrias— por permanecer en ellos, manteniendo aquella fuente de discordia y aquella herida siempre abierta. En ese fallo estribó, posiblemente, que el sincero deseo de Felipe II por reinar en paz en sus dominios europeos —cosa que conseguiría hasta 1566— se viniera abajo. Y no estamos ante una mera cuestión erudita, tratada a toro pasado. También los hombres del tiempo se la plantearon, si bien encontrando argumentos para convencer al Rey de la necesidad de seguir en los Países Bajos. Sólo advierto en el duque de Alba, y en una consulta realizada en el reinado anterior del Emperador —en la famosa alternativa de 1544— que señalase la conveniencia de abandonar los Países Bajos, conservando el Milanésado (18). Pero muchos otros eran los cortesanos que defendían a

(18) F. Chabod: “¿Milán o los Países Bajos? Las discusiones en España sobre la alternativa de 1544”, en *Carlos V. Homenaje de la Universidad de Granada* Granada 1958, pp. 331 y ss.



ALEXANDER FARNESE, DUKE OF PARMIA

From a portrait by Otto van Veen in the Musée de
Peinture Ancienne, Brussels.

Alejandro Farnesio, duque de Parma (Museo Naval, Madrid).

ultranza la permanencia de España en los Países Bajos, como el autor del Memorial de 1559 que custodia el archivo de Simancas; un memorial en relación con la política internacional compuesto en el círculo del ministro Granvela, en el que se indica:

“Si S.M. no aventurase sino estos Estados —los Países Bajos— y franceses se hubiesen de contentar, yo se los daría dados; mas no se contentarán. Y para quien gobierna otros Reinos es de gran consideración perder nada, en especial de tanta cantidad y calidad. Cresce el enemigo y viene con más y mejores. De una pérdida se suceden otras notables. No le den quietar en casa, que allá será invadido. Guerra en casa es de tales inconvenientes, que viene a ser bien empleado dar los hijos antes que tene-lla.”

Y el autor del Memorial añadía:

“Dios nos guarde de guerra en casa, que se cansan los súbditos de tener huéspedes cada día, las rentas menguan, la costa cresce, las voluntades se pierden, y de aquí vienen otros inconvenientes y desacatos. Téngase la guerra fuera de casa, y procuremos de no hacer grande al rey de Francia...” (19)

Más viable parecía el plan de casar a la reina María Estuardo con un príncipe español, lo que hubiera podido resolver el problema de quien gobernaría Inglaterra, caso de triunfar el proyecto de desplazar a la reina Isabel. Ese fue el proyecto del embajador de Felipe II en Londres, Alvaro de la Quadra, quien al parecer se hacía eco de algo suscitado por la propia reina escocesa, hacia 1562. Pero Quadra no encontró al Rey propicio, en un principio; se comprende, porque aquel mismo año fue el del grave accidente sufrido por Don Carlos en Alcalá de Henares, que estuvo a punto de costarle la vida. De todos modos, Felipe II autorizó a su embajador a mantener abierta la plática, y a tal fin respondió la misión secreta de Luis de Paz, el secretario de la embajada española en Londres que en 1563 iría a Escocia, con el pretexto de reclamar contra incursiones piráticas de marinos escoceses en el Imperio español. Una vez en Escocia, Luis de Paz hizo saber en secreto al secretario Lethington cuál era su verdadera misión, lo que provocó una reunión de María Estuardo con el poderoso Lord Murray y con el propio Lethington, acordando mantener aquellas pláticas de matrimonio, comisionando para ello al secretario de la Reina, Rolet. Pero las negociaciones no prosperaron. La muerte súbita de Alvaro de la Quadra, víctima de un amago de peste que atacó Londres en aquel verano de 1563, podría ser una de las causas, ya que era el más entusiasta partidario de tal enlace; sin embargo,

(19) A.G.S., E., leg. 137, fol. 95.

habría que tener en cuenta, asimismo, que Felipe II albergaba grandes dudas sobre las posibilidades que existían en cuanto a manejar la baza diplomática del matrimonio de su hijo. El mismo Alvaro de la Quadra se dolía de ello, como puede comprobarse por este despacho del Rey, que aunque quiere ser disculpatorio, más bien viene a dar la razón al obispo Quadra por sus temores:

“... Según veo por lo que escribisteis al duque de Alba —le decía Felipe II a don Alvaro— no lo entendisteis como era mi intención, pues diciéndoos que a mí me parecía bien que se platicase, y dandoos comisión para ello, no había más que decir, ni lo estorbaba el encargarnos el secreto y mandaros a vos que se lo encargádes a ellos, ni menos que supiédes dellos las inteligencias que tienen en ese Reino, de quién se piensan y podrán favorecer, porque esto en toda caso sería menester saberlo antes de la conclusión. Y también el *deciros que platicádes sin concluir nada no fue poca gana al negocio...*” (20)

Es evidente que Felipe II tenía razones para no poner toda la carne en el asador, en cuanto a la boda de su hijo con María Estuardo, y que todo apunta a que aquellas negociaciones matrimoniales era imposible que acabasen cuajando; de todas formas, y en cuanto a su posible reactivación, lo cierto es que la orden del Rey cayó en el vacío: su carta llegó a Londres poco después de la muerte de su embajador. Durante cerca de un año, Felipe II dejó vacante su embajada en Londres. Fue el año perdido en aquellas negociaciones con Escocia. En 1565, María Estuardo casaría con Lord Darnley.

Es cierto que durante el gobierno de los Países Bajos de don Juan de Austria asistimos a una reapertura de negociaciones, pero cuando María Estuardo era ya, de hecho, la prisionera de Estado de Isabel y cuando el intento de boda tenía que ir acompañado de una invasión. Y eso en 1574, cuando ya había muerto Pedro Menéndez de Avilés y cuando no existía un marino capaz de reemplazarle, era hartamente problemático. Por otra parte estaba el hecho de los celos de Felipe II hacia su hermanastro que le llevan a negar su apoyo para lo que temía que fuese un excesivo engrandecimiento de don Juan de Austria. Los especialistas del reinado saben hasta qué punto entraron entonces en juego las intrigas de Antonio Pérez, que acabaron con el asesinato del secretario de don Juan, Escobedo. Con lo cual quiero subrayar de nuevo algo que me parece evidente: que Isabel, con figuras como Cecil y Walsingham, estuvo mucho mejor auxiliada en su gobierno que Felipe II lo fuera con Antonio Pérez. Y ese hecho, en aquella época de monarquías autoritarias, tendría una especial importancia. En definitiva, Isabel supo escoger mejor sus ministros que Felipe II.

(20) Felipe II a don Alvaro de la Quadra, Madrid, 15 Agosto 1563 (A.G.S., E., 816, fol. 171).

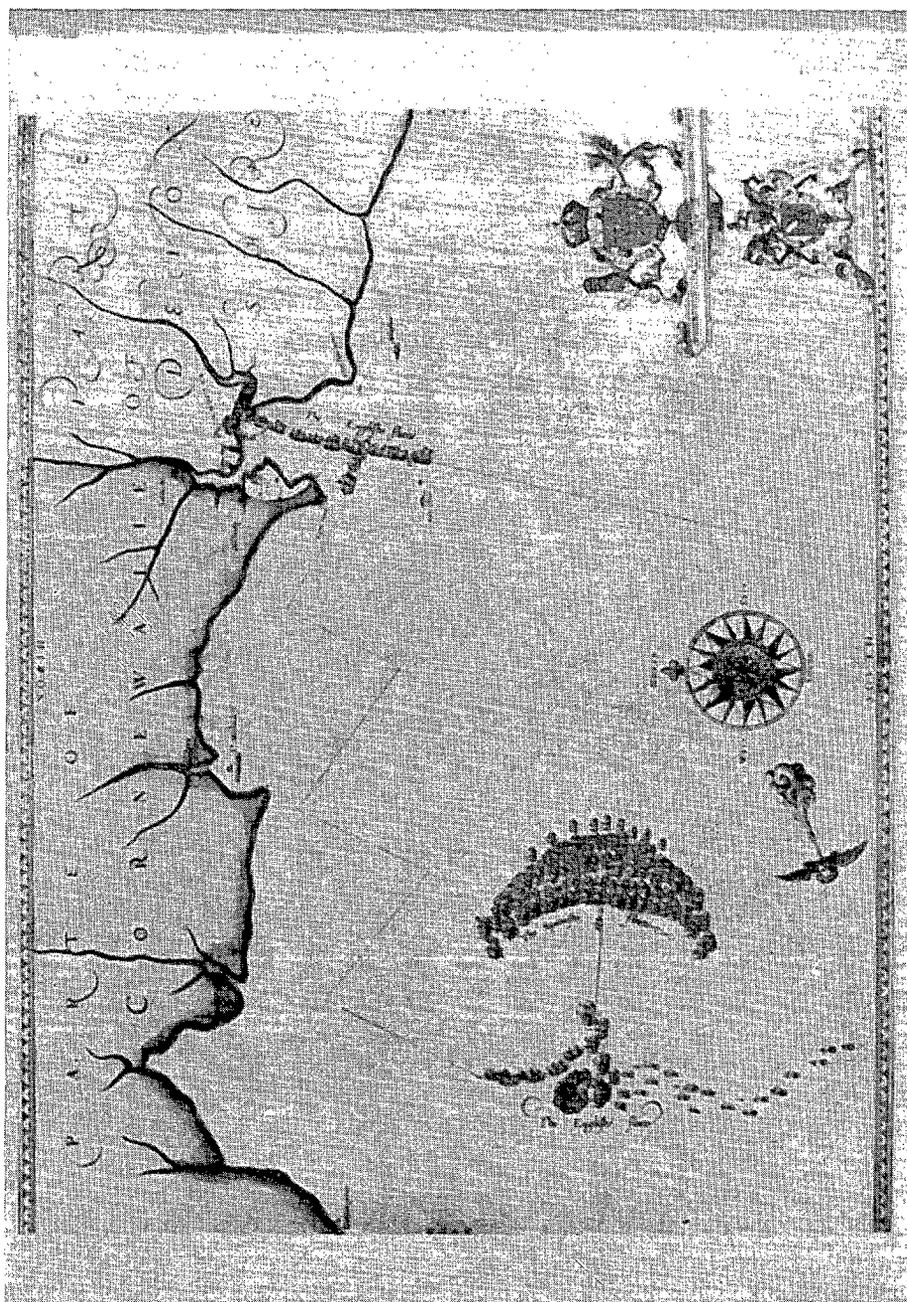
Con la marcha de Diego Guzmán de Silva de la embajada de Londres, en Junio de 1568, se iría también el único diplomático español que supo captarse la simpatía de la Reina. A poco, con el irascible Gerau de Spés, las cosas fueron tomando un aspecto cada vez más sombrío. Y así se sucedieron, cada vez con más frecuencia, los gestos hostiles: expulsión de Gerau de Spés y de Bernardino de Mendoza en Londres y de John Mann en Madrid, ataques de marinos ingleses a las Indias Occidentales españolas y, en fin, ayudas cada vez más ostensibles de los dos gobiernos a los rebeldes del otro país: así, de los ingleses tanto a los partidarios del príncipe de Orange, en los Países Bajos, como —después de 1581— a los de don Antonio de Crato, en Portugal; y los de España a los católicos ingleses e irlandeses. Felipe II llegaría hasta la fundación de Colegios de ingleses, escoceses e irlandeses, que servirían para mantener vivo el catolicismo en las Islas, pero también para provocar constantes dificultades a la Reina inglesa (21).

Todo ello arrojando los acontecimientos por un plano inclinado, cuya desembocadura en la guerra parecía cada vez más inevitable. Sin duda, la incorporación de Portugal a los dominios de Felipe II, reconocida por las Cortes portuguesas de Thomar en 1581, agudizó aún más la rivalidad en el mar entre España e Inglaterra.

En ese plano inclinado hacia la guerra hay que situar las presiones de algunos consejeros de Felipe II, para los que bastaba un manotazo del poderío hispano para derrocar a Isabel. La soberbia de esos consejeros, típica del país que está en la cumbre del poder era increíble. Ejemplo de ello lo tenemos en la reacción de don Bernardino de Mendoza, cuando fue expulsado de Londres en 1584. En aquella ocasión, cuando los ministros de Isabel (entre los que se encontraba Walsingham) le indicaron que era orden de la Reina que saliese del Reino, por su apoyo a los católicos ingleses rebeldes, y que había de estimar que lo hiciese así y que no fuese castigado de otra manera, Bernardino de Mendoza estalló. Le comunica aquella entrevista a Felipe II y le añade que había sido negocio que “me encendió la cólera”, replicando a los ministros ingleses:

“... que la Reina no tenía para qué tratar dello ni ninguno del mundo, por ser sólo V.M. a quien había de dar quenta, por lo cual no pasasse adelante ninguno dellos en la materia, sino fuese con la espada en la mano, *que lo del castigarme la Reina era risa para mí* y excesivo contento el partirme al momento que me embiase pasaporte, no pareciéndome novedad, por ser dama, el tener menor agradecimiento con los que la deseaban servir más, como yo lo había procurado...”

(21) De ellos el de ingleses fundado en Valladolid con tal poderío económico que aun subsiste como un centro cultural de gran valía, con una biblioteca que es un refugio exquisito para el investigador interesado por estos temas.



Detalle de la carta de Agustine Ryther.

Y aún, no pareciéndole bastante, les lanzó la siguiente amenaza:

“Pues no le había dado satisfacción siendo ministro de paz, me esforzaría de aquí adelante para que la tuviese de mí en la guerra, palabra que han rumiado ellos entre sí...” (22)

En esa línea conflictiva llegó el formidable ataque de Drake a las Indias Occidentales, en 1585, en el que saqueó Santo Domingo, Cartagena de Indias y San Agustín. Las relaciones diplomáticas estaban definitivamente rotas. Los voluntarios ingleses, con el conde de Leicester al frente, engrosaban las filas de los rebeldes holandeses, mientras Felipe II apoya en lo posible a los católicos ingleses. Antes de que el Rey se decida a mandar su escuadra, puede afirmarse que la guerra entre las dos naciones era un hecho insoslayable.

No vamos a entrar ahora en detalles sobre el desastre de la Armada Invencible; no es el objeto de este estudio. En todo caso, es evidente que aquella fue una empresa mal preparada, quizá porque Felipe II —como en 1541 le había ocurrido a su padre Carlos V, en la empresa de Argel— confió demasiado en la providencia divina; es notable cosa, por ejemplo, que en la Corte se dieran las más estrictas instrucciones para evitar en lugares públicos actos deshonestos que pudieran provocar la ira divina (23). El resultado fue que, con la derrota, el país despertó de aquel sueño mágico en que se hallaba, con la absurda creencia de que Dios estaba detrás de su quehacer histórico. Ahora bien, lo que sobrevino fue la desesperanza, como si se pensara que Dios había vuelto las espaldas a España.

Así se fraguaría la generación derrotista marcada por el desastre de la Armada Invencible: la generación del 88.

Es cierto que cuando los historiadores analizan los resultados de la derrota de la Armada Invencible encuentran que ello no supuso inmediatamente la supremacía marítima de Inglaterra, y que incluso Felipe II aprendió aquella lección que no había sabido extraer de la incursión de Drake en Cádiz en 1587, remozando su marina. Por otra parte, cuando se produjo la marea inglesa sobre la Península en 1589, o sobre las Indias Occidentales en 1595, la Monarquía Católica supo defenderse rechazando victoriosamente aquellos ataques, los últimos de los cuales supusieron además la muerte de

(22) Bernardino de Mendoza a Felipe II, Londres 26 de Enero de 1584 (A.G.S., E. Inglaterra, leg. 839, fol. 3). Quiero agradecer a mi compañera Dr.^a Ana Díaz Medina su gentileza al facilitarme ese valioso documento.

Del carácter del embajador español, además de esas terminantes pruebas, se encuentran otras en esa documentación, igualmente reveladoras. En otro despacho suyo, fechado a 30 de Enero de 1584, diría, protestando airado contra la acusación de que había conspirado contra la Reina Isabel, que “don Bernardino de Mendoza no había nacido para revolver reinos, sino para conquistarlos”. (Ibidem, fol. 6).

(23) V. M. discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia: *El Madrid de Felipe II. En torno a una teoría sobre la Capitalidad*, Madrid, 1987, pp. 32 y ss.

Hawkins y de Drake; de forma que ambas potencias, admirables en la defensa pero más torpes en el ataque, llegaron a nivelar sus fuerzas.

Eso fue así y está bien recordarlo. Pero dicho todo esto, aún cabe añadir algo más. En primer lugar, que de todas formas la derrota del 88 supuso para la sociedad española un tremendo impacto, en especial para la corona de Castilla. Y tanto que cabe hablar para aquel período, como ya he indicado, de una generación del 88, de la que son hijos el pícaro Guzmán de Alfarache y todos sus hermanos y, si se quiere, el propio Don Quijote. Y en segundo lugar que, como diría Croce, en aquella Historia hay también algo nuestro, de nuestro presente, algo sobre lo que podemos y debemos reflexionar. Sea, por ejemplo, que en aquella guerra mucho se perdió como fue, y para mucho tiempo, la amistad entre los dos pueblos, al quebrarse la paz; una paz que ya estaba rota cuando el agudizamiento del fanatismo religioso, por uno y otro lado, la hizo imposible.

Pero no sólo fanatismo religioso. A mi entender, a la España de Felipe II le oscureció la mente aquella obsesión de mantenerse a ultranza en los Países Bajos; eso hizo que pusiera tanto énfasis en entrometerse en las cosas de Inglaterra, como pieza básica para sostenerse en los Países Bajos, ya que se partía de la premisa de las ambiciones de Francia. Y contó también, claro está, el móvil económico, al propugnar la línea dura en política exterior del *mare clausum*, en contra de lo defendido por nuestras mejores cabezas, como Vázquez de Menchaca, con su tesis —en línea con la escuela de Salamanca— del *mare liberum*.

De ese modo, el imperialismo acabó de ofuscar a los españoles metiéndoles en una trampa de la que no supieron salir. Aquí cabría recordar la frase de Nietzsche, citada por Ortega: “Los españoles, los españoles. He aquí hombres que han querido demasiado”. Aunque también podría formularse esta pregunta: ¿No hay asimismo cierta grandeza en eso de pretender lo que parece imposible?

Salamanca, Mayo de 1988



Mapa de la Gran Bretaña, tomado de la obra de Abraham Ortelius: *Theatrum Orbis Terrarum*.